

Roland Barthes

Del deporte y los hombres

Editorial Paidós Ibérica, S.A., 2008. ISBN: 978-84-493-2110-8

(Título original: *Le Sports et les hommes*, publicación original en francés por Les Presses de l'Université de Montreal, Montreal, Quebec; traducción de Núria Petit Fontseré. Texto editado a partir del Documental *Le Sports et les hommes*, de Hubert Aquin, guión y texto por Roland Barthes)

Antonio Sánchez Pato

Universidad Católica San Antonio de Murcia

CORRESPONDENCIA:

Dpto. de Ciencias de la Salud, la Actividad Física y del Deporte
Universidad Católica San Antonio de Murcia
Campus de los Jerónimos, s/n
30107 Guadalupe (Murcia)
apato@pdi.ucam.edu

Recepción: febrero 2011 • Aceptación: febrero 2011



Debo reconocerlo, no he visto la película. Sin embargo, *Le Sports et les hommes* fue un hermoso proyecto materializando la fusión del cine y la literatura. El ya prestigioso mitólogo estructuralista (autor de las *Mitologías*, original de 1957, Siglo XXI, 2009) y ensayista francés, Roland Barthes, acepta, allá por 1960, la propuesta de un canadiense desconocido, Hubert Aquin, para hacer un documental sobre el deporte.

Tras varios encuentros, en virtud de la generosidad de Barthes a colaborar con este joven, materializan el reto de intentar responder a la pregunta ¿qué es el deporte? Y lo hacen como testimonio de unas mitologías que nos hablan sobre el hombre y el deporte. *Le Sports et les hommes* es, sobre todo, una “reflexión sobre el deporte como espectáculo” (Guilles Dupuis, *Prefacio* a la obra).

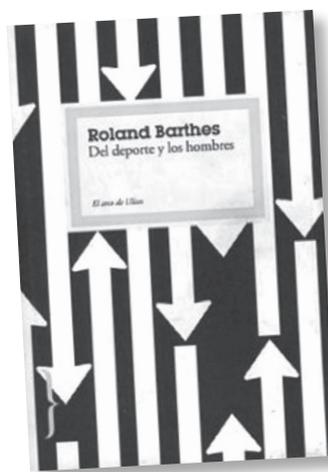
Ya lo he dicho, ¡no he visto la película! Y puede que extrañe al lector una publicación donde se transcribe el guión (voz en off) de un documental que no se adjunta con el libro. Si embargo, las ilustraciones, consistentes en secuencias de la película, son de por sí suficientemente sugerentes, alentadoras incluso. De hecho, lo primero que suscita la lectura del libro es completar su

degustación con el visionado del documental; situación que nos lleva con avidez a escudriñar Internet a la búsqueda del mentado film, hazaña imposible para un mal navegante.

Desilusionado por el desengaño de la Red, volvemos al libro, con más fuerza, como quien revive un mito. Y en él encontramos lo que veníamos añorando: la reflexión profunda, pura, sobre el deporte desde la intelectualidad.

Nos encontramos con un libro gozoso, donde se dan la mano el arte y la filosofía, el cine y el deporte. Donde el signo nos descubre como significante unas imágenes cargadas de fuerza, al tiempo que en el texto que las acompaña, como si se tratase de una edición, bilingüe –en dos lenguas–, encontramos una pléyade de significados elevados en metalenguaje que remite a lo más hondo del misterio humano: sus símbolos y sus mitos.

Roland Barthes ya había coqueteado con el deporte en varias páginas de sus célebres *Mitologías* (1957), abordando la lucha libre (*El*



mundo del catch) y el ciclismo (*La vuelta de Francia como epopeya*). Entiende la primera más como espectáculo y culto que como deporte, por su función enfática, que se mueve entre lo real y lo simbólico; donde el exceso pertenece al espectáculo, y lo formal al deporte. Y describe

al segundo como epopeya, donde el *doping* es un sacrilegio, y la vuelta misma encarna a la perfección la ambigüedad de un mito total: realista y utópico al mismo tiempo.

Pero en la ocasión que nos ocupa, Barthes visita al deporte en otras cinco ocasiones: los toros, el automovilismo, el ciclismo, el hockey y el fútbol. En ellos encuentra, inspirado por Aquin, la expresión de los ideales de pertenencia y libertad.

La primera la hace asomándose al coso de la “fiesta nacional” española, que no es deporte, pero “tal vez sea el modelo y el límite de todos los deportes”. En las corridas se hace patente el estilo, que, inspirado por Dominguín, lo define como “convertir un acto difícil en un gesto lleno de gracia”, en el cual nos

reconocemos todos al compartir la victoria del torero.

La segunda, desde el monoplaza de Fangio, ensalza la imagen de la esfinge motorizada; la velocidad es “siempre la recompensa de una lentitud extrema”, y la lucha se vuelve contra el tiempo, la gravedad, la inercia, la muerte...; algo que llenará de valor moral a la perfección buscada por el corredor. Porque “un gran corredor no domestica su máquina, simplemente la amansa”.

La tercera se materializa acompañando a Coppi en su gesta por las carreteras francesas, que dibujan un país convertido en el decorado de una guerra. Es la rememoración de los grandes combates, que, “como casi siempre, en el deporte, este combate es una competición, no un conflicto (...) el hombre no sólo se enfrenta al hombre, sino a la resistencia de las cosas”. Volver a empezar, ¡rodar!, se convierte en la nueva materialización del mito de Sísifo. Y el enemigo es el tiempo, la naturaleza misma, no los rivales. Y lo más importante, “no es el músculo lo que hace el deporte”, la victoria la conquista una idea de hombre y

de mundo, la lucha por el dominio de las cosas.

La cuarta visita tiene lugar sobre las ruedas de los patines que llevan al jugador de hockey a actuar sin pensar, como un reflejo, donde lo que brilla no es su estrella, sino el héroe que él mismo encarna. Allí se escenifica el combate de la vida, tan lejos y tan próximo del paroxismo limitado por las reglas de los deportes: “el deporte es todo el trayecto que separa un combate de un motín”.

Y, por último, en la quinta visita, nos lleva al verde césped del campo de fútbol. El deporte reencarna al teatro como escena donde las pasiones son confiscadas por los actores y se comparten con los espectadores en una experiencia común. El deporte se convierte en canal de expresión de lo auténticamente humano: alegría, conflicto, angustia..., mas salvado por la distancia que marca el espectáculo. Y, entonces, se pregunta Barthes: ¿qué es lo que ponen los hombres al deporte? Y responde: “Se ponen ellos mismos, su universo de hombres. El deporte sirve para expresar el contrato humano”.

He aquí un breve texto, fresco, alegórico, deíctico, salpicado de imágenes en blanco y negro que nos lanzan a la memoria y al recuerdo destellos de aquel deporte que muchos ya añoramos. Más allá de la prosa, rica y profunda del texto, lo que maravilla al lector es la sagacidad con que el amante de los mitos se acerca al deporte, del mismo modo, con la misma intensidad, que el filósofo se acerca a los mitos.

Buena parte de los temas que acaricia Roland Barthes son la base de una filosofía posible y real del deporte. Anticipa las claves que nos permiten considerar al espectáculo deportivo como algo esencial y genuinamente humano (como ya había visto Ortega y Gasset), donde la superación, la angustia, la lucha contra el tiempo y el espacio, el mito, el héroe, el dopaje, los límites, el sentido, etc., son núcleo cristalino desde donde iniciar una reflexión antropológica privilegiada. Porque el deporte da cuenta del hombre.

En suma, tanto para los amantes de la filosofía como del deporte, una delicia.